

Andrés Trapiello

LOS CABALLEROS DEL
PUNTO FIJO

PRE-TEXTOS

Narrativa



LOS CABALLEROS DEL PUN- TO FIJO

SALÓN DE PASOS PERDIDOS 5

ANDRÉS TRAPIELLO

PRE-TEXTOS
NARRATIVA

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Diseñor gráfico (S.G.E.) y *
Ilustración de la cubierta: El geógrafo (fragmento), por Velâzquez.

Primera edición: noviembre de 1996

© Andrés Trapiello, 1996

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 1996

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

ISBN: 84-8191-116-X

DEPÓSITO LEGAL: M - 39.884 - 1996

ARTEGRAF, S.A. TEL. (91) 475 45 70 SEBASTIÁN GÓMEZ,
5 MADRID

PRÓLOGO

ME gustaría que llegase un día en que pudiera hablar de mí con alguna naturalidad, sin impostar la voz, sin levantar los acentos.

Ahora empleo días y años en corregir y depurar, para que parezca natural, lo que nació casi siempre de un esfuerzo penoso e inelegante. El cansado de sí mismo, podría decir también.

A veces, sentado en un lugar, ideo y sueño un asunto, pero puesto en el trance de levantarme y ponerlo por escrito, me paraliza y dejo que se disuelva en el éter de donde vino, pues saber que nada de todo cuanto vivía en mí de una forma pura y feliz va a poder vivir luego de modo natural, me desilusiona y entristece. A veces, no obstante, algo de todo eso sigue su curso, y así la conciencia de que la obra va haciéndose de manera tan poco satisfactoria, también me causa un vago desánimo, inexpugnable y fatal.

Ha ocurrido también que algunas anotaciones de estos cuadernos han originado alguna vez enfados y protestas, para mi disgusto.

Con frecuencia me preguntan:

—¿Te compensan?

Yo me encojo de hombros, pero lo cierto es que creo que no, los disgustos no le compensan a nadie. Pero, ¿cómo evitarlos?

La verdad nos enseña a estar solos, pero la soledad nos enseña a ser locos, de modo que cada vez es menos infrecuente escuchar, cuando uno cree estar con los pies bien firmes en la realidad, que le llaman a uno iluso o cosas peores. Como se ve, no hay dicha perfecta, y a veces me pregunto, en la cumbre de la cordura, si no se estará uno en

verdad volviendo loco, como pensó Crusoe el día en que descubrió en la playa las huellas de Viernes.

Un diario como éste es terreno abonado para que cada cierto tiempo aparezcan en sus páginas blancas las improntas de seres no menos solitarios, no menos locos.

Cierta tarde, hace muchos años, tuvo lugar algo en lo que he pensado a menudo. Un día, siendo muchacho, pude quedarme solo en casa durante unas horas. Corrí al cajón donde se guardaban las fotografías de la familia. Lo sacaba con frecuencia de su mueble y me lo llevaba a un lugar tranquilo, y allí pasaba toda la tarde absortado en unas imágenes que conocía de memoria, y sólo porque las conocía de memoria sabía de qué modo algunas me mortificaban y causaban indecible desazón. No acababa de admitir que aquél de la fotografía fuera la misma persona que yo, no podía ni comprenderlo ni aceptarlo. Ese día, la tarde de la que hablo, amparado en la soledad, fui deshaciéndome de todas aquellas imágenes en las que me encontraba no sólo distinto al que yo creía ser entonces, naturalmente peor, sino de otra raza, otro por completo, ni mejor ni peor, sino inquietud inmensa de no ser yo mismo sin salir de mi propia conciencia.

La idea me la dio alguna de las fotos de mis padres, de donde observé que había sido suprimida una parte cuidadosamente con unas tijeras. Comprendí que era posible destruir el pasado, incluso el presente. Fui rompiendo en trocitos irrestañables todas aquellas fotos que tanto daño me habían causado, mi mejor enemigo. En las que compartía con alguien de la familia, con alguno de mis hermanos o con mis padres, también me eliminé sin misericordia, a veces rompiendo la foto entera, a veces, si era posible, recordándola de una manera que no me delatase.

Al final de la tarde, antes de que llegaran a casa los demás, restituí el cajón a su lugar e hice desaparecer las pruebas de algo que fue a un tiempo doloroso y liberador. Nadie en mi casa echó en falta ninguna de aquellas viejas fo-

tografías ni jamás hasta hoy había confesado ese crimen, por llamarlo de una manera literaria.

Han pasado más de treinta años de aquel día y no siempre consigo permanecer indiferente delante de retratos que me han ido haciendo después, pero yo creo que ya no me tomaría la molestia de romperlos. ¿Para qué? La experiencia nos dice que muchas de esas imágenes de nosotros mismos, que nosotros juzgamos execrables, otros, por el contrario, las creen fidedignas de lo que somos, incluso les parecen favorecedoras. Por otro lado, no tendría objeto quitarlas de la circulación, pues me asiste la sospecha fundada de que nadie habría de echarlas de menos. La naturalidad, hoy, me parece que es dejar las cosas como estaban, como nos van llegando.

En las páginas de esta novela en marcha yo también me suprimiría a veces, si pudiese, pero de nuevo me acomete el desánimo y cierto desasosiego, al mismo tiempo, y ya no hago nada.

Algunos amigos han creído encontrar en ciertos pasajes de estos libros un humor, honesto y vago como el de algunos descarriados, y sin embargo yo sé mejor que nadie que fueron escritos por alguien que a menudo sólo escribe en estados de desasistimiento o próximos a él, cuando logra levantarse de ese lugar donde ideaba y soñaba. A veces, momentáneamente, la obra le ilusiona, sólo por tenerla entre manos, y eso que escribe sale con otra pintura, pero el sustrato de donde procede es siempre algo poco vistoso. Otras veces, lo que quiere proclamar es su fe ciega en la vida, y sin embargo dos líneas atrás ha declarado lo contrario. Como se ve, si uno es tan complicado, si uno, con trece años y violenta determinación bolchevique, decide ser ejecutor de su propia purga, es difícil pedir naturalidad.

Eso sólo queda para el momento en que uno idea y sueña. Para la vida, y si de algo trata este libro es de la vida, para la vida uno tiene que terminar por acostumbrarse a estar siempre un poco desilusionado y un poco triste. Quizá la naturalidad sea eso, no ser más ni menos de lo

que pensamos, sino otros, algo que siempre será mortificante, pese a todas esas bonitas teorías en boga de los heterónimos y demás. ¿Qué podemos hacer los que no estamos a gusto ni con lo que somos ni con lo podríamos ser?

Y lo más extraño de todo: casi estoy seguro de que esas huellas que descubro cada día en la playa desierta de mi realidad y de mi vida no son sino de aquél del que yo, cierta tarde de hace treinta años, creí deshacerme para siempre. Que viene a reclamar lo suyo es cosa indubitable. Ahora, que venga en son de paz o en son de guerra, eso no lo sé.

Septiembre de 1996

LOS CABALLEROS DEL PUN- TO FIJO

(1991)

Je suis profondément convaincu que le seul antidote
qui puisse faire oublier au lecteur les éternels *Je* que
l'auteur va écrire, c'est une parfaite sincérité.

Souvenirs d'égotisme

Es todo muy extraño. Al levantarme me encontré, sobre la mesa, un ejemplar de las *Meditaciones* de Marco Aurelio. Yo no recordaba haber comprado ese libro y ése en concreto jamás lo había visto antes. Cuando se compran libros de viejo terminan pasando esas cosas. Era un libro que a J. R. J. le gustaba mucho. Le gustaban ése y el Kempis. Ahora no se podría decir que a uno le gusta el Kempis. Cada época tiene su *Índice*, su Inquisición.

¿Quién lo habrá traído hasta aquí?, me dije. ¿Cómo habrá venido a parar a mi mesa, aquí, en Las Viñas, precisamente hoy? Indagué, pregunté, pero nadie sabía nada. Lo abrí por la mitad, como hacemos con la maleta en el hotel al que hemos llegado. Salió el capítulo segundo: "Al amanecer, dite a ti mismo: me voy a tropezar con un indiscreto, un desagradecido, un insolente, un envidioso, un insociable (...) Pero (...) no puedo sufrir daño por obra de ninguno de ellos, pues ninguno me cubrirá de vergüenza; y no puedo enfadarme con un pariente ni odiarlo, porque hemos nacido para una tarea común, como los pies, como las manos, como los párpados, como las hileras de dientes superiores e inferiores. De modo que obrar unos contra otros va contra la naturaleza y es obrar negativamente enojarse y volverse de espaldas".

¿No es azar encontrarse el primer día del año con una frase como ésta? ¿No rige nuestros pequeños actos la misma ley que ordena los planetas y las estrellas?

Esta mañana, todavía en la cama, se habían oído unos cuantos tiros de cazador. Pensé: ése, como los pájaros y las liebres, tampoco ha celebrado el Fin de Año.

Luego nos levantamos.

Si no hay más remedio, y tiene uno que pasar la Nochevieja fuera de casa, lo mejor es pasarla en casa de alguien.

Es la única manera de evitar al día siguiente encontrarte copas de champán medio vacías y esos platos de cristal tallado con dos o tres trozos de turrón blando, pegajoso y nada apetecible, en una pringue en la que dos o tres peladillas tienen los zapatos pegados al suelo.

Al levantarnos nos esperaba un cielo casi limpio, azul intenso, con pocas y algodonosas nubes doradas. No se han visto cielos como ése más que en las bacanales del Tiziano. Era un cielo feliz, despreocupado y ligero, como el del corazón de los tristes, cuando firman su tregua.

Desde que hace años, tal día como hoy, se me ocurrió escribir una novela que llevara por título *La noche de San Silvestre*, cada Año Nuevo me acuerdo de la obra nonata que sigue sin escribirse, de todas las cosas no realizadas, de todas las hojas secas, de los proyectos vanos y los sueños negros.

Se oye ahora a lo lejos el concierto de Año Nuevo, en la radio de la cocina. El *Vals del emperador*. Podría comenzar una novela con ese título, una novela histórica, o sea, oportunista.

Es verdad que hay grandes obras de tema histórico, en literatura o pintura, pero cuando un artista hace de la historia el sujeto de su creación, casi siempre le mueve un interés turbio y parásito: *Abderramán*, *La campana de Huesca*, *La vida licenciosa durante el Tercer Reich*. Estudio rigurosamente histórico...

En Galdós el sujeto de los *Episodios*, por ejemplo, jamás fue la historia, sino la vida, lo que tienen de vivo, no lo que tienen de muerto, las cosas que pasaron. Durante muchos años se le criticó, por inexacta y arbitraria, su manera de hacer historia. Han pasado cien años y los historiadores vuelven a él para conocer las cosas que sucedieron. Dentro de otros cien, quizá hubiese alguien que querría leer mi *Vals del emperador*.

Me temo, sin embargo, que tampoco escribiré hoy esa novela, que podría continuarse con *Mis amores son reales*, novela de corte borbónico, donde un rey sale por la noche

de su palacio a reunirse con mujeres de mala vida en casas de mala nota. Tendría que ser uno de esos reyes shakespearianos, desalmado y melancólico, débil y escrupuloso, inteligente y amedrentado, presto a soltar en cinco minutos parlamentos capaces de sobrevivir cinco siglos, en los que pusiese su corazón al desnudo. Sería la novela de un rey capaz de hablar de sí mismo como habla Bernardo Soares. Un rey con sentimientos humanos por encima de su reales deberes, dispuesto a dejar la corona con un monólogo admirable por su valor y su belleza, por el valor para enfrentarse al destino y por la belleza de las palabras. Un rey persona. Nada tan patético como el modo en que los reyes dejan su nombre en un papel: "Yo, el Rey", cuando sabemos que si alguien no tiene yo, ése es precisamente un rey. El protagonista de la novela se enamora de una mujer del pueblo, excepcional, desde luego, pero del pueblo, sin instrucción apenas, casi un amor irreal para una persona real, un amor violento y desgraciado. Es una joven bellísima, aunque la afean un poco las manos y la voz, que declaran siempre el arroyo de donde procede. El rey llega a tales grados de delirio, que decide divorciarse de la reina y abdicar. No le dejan. La muchacha es una pobre chica. No tiene ni siquiera consistencia psicológica. Lo que sucede por ella le parece que ocurre a cien kilómetros, podría estar ocurriéndole a otra persona. Sólo sabe que ella también ama, aunque sería incapaz de discernir si se ha enamorado de un hombre, de un rey o de un cuento de hadas. Al final pueden la reina, el Consejo de Estado, el Parlamento. Todo como en una historia de radionovela, vulgar y pequeño. Un día la muchacha aparece ahogada en una escollera. Se aprecian signos de violencia, pero se echa tierra al asunto. Ese sería el punto más delicado del relato. Si el rey es en verdad shakespeariano, horrorizado por el crimen que se ha cometido, se suicidará. Será el primer rey suicida. Se suicidará dejando un testamento que quienes se encargaron de quitar de enmedio a la muchacha tratarán nuevamente de hacer desaparecer. Pero el rey ha obrado con prudencia, ha enviado una copia a la hermana de la difunta. Ésta lo muestra a los

periodistas, que lo reputan una patraña indecente, convenidos no obstante de su autenticidad. La razón de Estado también les ha atrapado y nada gusta tanto a los periodistas como sentirse de vez en cuando napoleones, con las riendas del mundo en sus manos, para decir arre o so, a conveniencia. No sé. Me parece que la novela se me está complicando. El caso es que habría que buscar un modo para que el lector conozca el contenido del testamento. Como siempre hay un periodista que no cree en el Estado y sí en el dinero, dejaremos que ese plumilla, saltándose a la torera los acuerdos de la Asociación de la Prensa, lo publique. Sus primeras palabras son: "He llegado al final. No culpo a nadie de este inmenso desastre. Mi corazón, roto en cien pedazos, al fin conocerá el sosiego: el silencio y la sombra todo unen". En fin, tendría que navegar por esas alturas, con frases de este jaez, con buen peralte. Por fin todo el mundo se rinde a la evidencia. Todos se culpan de lo sucedido, todos exigen responsabilidades, todos prometen llegar hasta el final. Naturalmente ni se esclarece la muerte, ni se depuran responsabilidades ni el rey resucita. La última escena transcurre en palacio. La reina cornamentada está furiosa porque se hayan aireado las infidelidades y amoríos de su majestuoso marido. Deposita su bilis en un consejero, el jefe de la casa real o así, un vejete maliciado y tayllesrandesco, que trata de confortarla. Vase la reina, y el vejete, solo, se ríe para su colete con un expresivo cuanto enigmático "je, je". Frótase las manos, fin, pasar a limpio, y al editor. A poco que se parezcan los personajes de la ficción a los de la realidad, con la suficiente sutileza para que no lleven la novela a los tribunales o a uno a la escollera, a poco que todo esté en su punto, la novelita reportará millones de *royalties*.

Aunque mejor, pienso ahora, sería ponerse con el artículo sobre el libro de Forster que he leído a medias y que me ha gustado a cuartas, pero por el que me van a pagar veinte mil pesetas.

Fue entonces, después de pensar en mi *Vals del emperador* (se suicida poniendo en un disco esa música, que le gustaba a la muchacha), cuando me metí en mi despacho y allí, sobre la mesa, me esperaban las *Meditaciones*.

No he escrito la novela, no he escrito todavía el artículo. Hace un rato encendí la chubesqui y he estado leyendo: "La mejor manera de defenderte es no parecerse a ellos". ¿A quiénes?

¿Todavía más solo? ¿Mano contra mano? ¿Pie contra pie? ¿Diente contra diente?

HACE un momento fui a buscar a los niños a casa de nuestro vecino. Lo hice no por la calleja, sino monte a través, por mitad de los olivares. La noche de luna llena estaba limpia y fría, casi con las aristas de un cubito de hielo, y el frío me hizo de pronto sentir una gran alegría, exultante yo de participar en una naturaleza que ya le es negada a la mayor parte de los hombres.

Era de un gran empaque, la luna en lo alto, las estrellas como esquirlas de un diamante tallado por Dios sabe quién en el vasto tabuco que llamamos bóveda... Empieza uno amando la naturaleza y, a poco que uno se descuide, escribe frases como esta última.

Confiado en la claridad que había, me perdí entre los árboles. No me importó mucho. Era una manera de prolongar mi paseo. La sombra de los olivos los volvía más espectrales aún, tal vez gigantes quiijotescos dormidos por el exceso de vino.

Había estado leyendo esta tarde la vida del barón d'Hancarville, un ilustrado y erudito francés del XVIII, algo pornógrafo, fugitivo de casi todas las policías europeas de su tiempo y un gran conocedor de la iconografía etrusca y griega. ¡Las cosas que se llegan a leer en el campo un día de Año Nuevo! Había también leído unas páginas sobre aquel Sommariva que coleccionaba arte francés en tiempos de Napoleón. Tenía por tanto la cabeza un tanto fuera de sí, atravesada con no sé qué ensoñaciones. Aquella luna en